

XXV Domingo de Tiempo Ordinario

- Am 8, 4-7. Contra los que compran al indigente por plata.
- Sal 112. R. Alabad al Señor, que alza al pobre.
- 1 Tim 2, 1-8. Que se hagan oraciones por toda la humanidad a Dios, que quiere que todos los hombres se salven.
- Lc 16, 1-13. No podéis servir a Dios y al dinero.

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

Tal vez, al leer esta parábola de Jesús, a algunos les chocará el consejo de Jesús: «ganaos amigos con los bienes de este mundo». Jesús no ensalza la corrupción ni el fraude...

La enseñanza que Jesús nos ofrece es que hemos de ser, listos, sagaces, decididos y audaces para aprovechar todas las oportunidades que se nos presentan para entrar en el Reino de Dios. Jesús no alaba maldad del administrador. Desde luego que no obró bien, pues los dineros eran de su señor. Jesús alaba la astucia y la audacia. Y las pone como ejemplo para sus discípulos.

Jesús quiere sembrar en sus discípulos esta inquietud. Así como la gente se mueve por el dinero, por acumular, por ser ricos, así los cristianos deben poner todo su interés, audacia y sagacidad por vivir y transmitir los bienes del Reino: vivir el amor del Padre, seguir la enseñanza de Jesús, entregarse de lleno a dar testimonio de su fe, a ser apóstol en este ambiente social tan diverso y con valores contrarios al Evangelio.

Ganar amigos con los bienes de este mundo significa que mientras vivimos en este mundo, nuestro único objetivo ha de ser asegurarnos los bienes imperecederos, los que perduran para siempre, los que nos acompañarán para la otra vida. Hay que aprovechar el tiempo con toda intensidad para llenarse de buenas obras y ser recibidos por el Padre a la hora de pasar al otro mundo.

El Señor nos ha confiado muchos bienes. Nos ha enriquecido desde el bautismo con la misma vida de Dios, constituyéndonos sacerdotes, profetas y reyes. A lo largo de nuestra existencia, nos acompaña con su gracia, recibida en los sacramentos, en la oración y en la Palabra, nos libera del pecado, nos ama como hijos y nos elige como discípulos.

Además, el evangelio de hoy nos invita a optar entre Dios y los bienes materiales, entre el Dios del Amor y el dios del dinero.

La riqueza no es algo maldito en sí misma. Hay que entenderla como un servicio y un don que el Señor da para compartir con los hermanos, pero la riqueza conlleva el riesgo de esclavizar el corazón del rico y hacerle insensible a la necesidad de los otros, disfrutando él solo de sus bienes. En nuestra sociedad hay mucha injusticia. Y, en parte, es debido a que los que poseen riquezas se creen dueños absolutos de ellas. Pero, aun teniendo pocos bienes, podemos también levantar altares al dinero, como si fuera nuestro dios. El dinero hay que administrarlo para el bien de quien lo gana, de su familia y,

también, para el que verdaderamente lo necesita. Y no dejarnos esclavizar por él. Hay que convertirlo en un valor para la salvación personal y fraterna.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

El mensaje de Jesús nos obliga a un replanteamiento total de la vida. El Evangelio y el compromiso de vivirlo abarca toda la vida del cristiano: valores, actitudes, sentimientos y obras. El uso del dinero hay que revisarlo a la luz de la enseñanza de Jesús. Hay cristianos que piensan que el asunto del dinero y de los negocios no tienen que ver nada con el Evangelio. Es un error.

Podemos tener apegado nuestro corazón aun en lo pocos bienes que tenemos. El consumismo es una constante tentación que nos acecha. El Evangelio nos lleva a una revisión constante y seria del uso que hacemos del dinero: en qué lo utilizamos, en qué lo malgastamos, si tenemos en cuenta a los pobres en el presupuesto familiar, si podemos vivir con lo necesario, evitando lo superfluo, con austeridad.

3. ¿Qué le respondemos al Señor?

Tomad, Señor y recibid
toda mi libertad
mi memoria, mi entendimiento
y toda mi voluntad.

Todo mi haber y mi poseer.
Vos me lo disteis,
a vos Señor lo torno.

Todo es vuestro,
disponed a toda vuestra voluntad.

Dadme vuestro amor y gracia
que ésta me basta

San Ignacio de Loyola